

simaséptima noche del Ramadán, consumían catorce arrobas de aceite. Circunstancias que el historiador Kaldun consigna con grandes exclamaciones de júbilo y satisfacción, añadiendo que entre las naves, el patio, las galerías, los vestíbulos y los dinteles de las puertas, medido el espacio palmo á palmo, la mezquita podía contener veintidós mil setecientas personas, y que para enladrillar el patio solamente se habían necesitado cincuenta y dos mil piezas. «¡Alabado sea Alá, señor del mundo, inmensamente misericordioso, y rey del día del juicio final!»

Mientras esperábamos que el Sultán se dignara fijar día para la recepción oficial, dimos algunos paseos por el interior y el exterior de la ciudad: en uno de ellos recibí «una impresión» completamente nueva. Al aproximarnos á la puerta Quemada, *Beb-el-Maroc*, con ánimo de penetrar por ella en la ciudad, el vicecónsul no pudo contener una exclamación que me hizo dar un salto:

—¡Dos cabezas!

Levanté los ojos en dirección al muro y entreví dos rastros de sangre coagulada, que me quitaron la voluntad de ver otra cosa. Dijéronme que eran dos cabezas, suspendidas por el pelo, de la parte superior de la puerta: la una parecía haber pertenecido á un joven de unos quince años, la otra á un hombre de veinticinco á treinta, moros los dos. Después se supo que fueron colgadas en las primeras horas de la noche, añadiéndose que eran dos cabezas de rebeldes de las comarcas confinantes con Argel, que la noche antes habían sido conducidas á Fez. Sin embargo, la sangre coagulada daba pie para presumir que habían sido cortadas en la misma ciudad y tal vez delante de aquella mismísima puerta. Como quiera que

fuese, se nos manifestó en aquella ocasión, que las cabezas de los rebeldes son siempre conducidas desde el país rebelado á la residencia de la corte y presentadas al Sultán; después de lo cual, los soldados imperiales se apoderan del primer judío á quien pueden echar mano, al cual obligan á sacar de la cabeza los sesos, y á rellenar el hueco que resulta con estopas y sal, en cuya disposición las cuelgan en una de las puertas de la ciudad. Después de haber permanecido en dicho sitio durante algunos días, — en Fez por ejemplo, — un correo las coge, las mete en una espuerta y las lleva á Mequinez, en cuyo punto vuelven á ser exhibidas en la propia forma, hasta que llega el momento de ser trasladadas á Rabat, y de esta suerte de una á otra ciudad, hasta tanto que quedan completamente consumidas. Según parece no se practicó así con las de Beb-el-Maroc, puesto que el día siguiente, como no las viéramos en su sitio, preguntamos á un enviado árabe qué había sido de ellas, á lo cual nos contestó:

—Las han sepultado, — apresurándose á añadir como para consolarnos: — pero, no le hace; pues ya están en camino muchas otras.

Dos días antes de la recepción oficial, fuimos invitados á comer en casa de Sid-Mussa.

Sid-Mussa no es ni gran visir, ni ministro, ni siquiera secretario: llámase Sid-Mussa á secas; nació esclavo y es un liberto del Sultán, que mañana puede despojarlo de cuanto tiene, encerrarlo en una oscura mazmorra, ó hacer colgar su cabeza de una almena de Fez, sin dar cuenta á persona alguna de semejante antojo; pero al presente es el ministro de los ministros, el alma del gobierno y la inteligencia que todo lo abarca y todo lo dirige, desde el Océano á la Mulaya, y del

Mediterráneo al desierto, y después del Sultán, el personaje más importante del Imperio. Dados estos antecedentes, puede fácilmente imaginarse cuál sería nuestra curiosidad la mañana que, rodeados como de costumbre de gente armada, y acompañados del cadí y de los intérpretes, seguidos de numerosa muchedumbre, nos dirigimos á su morada, que se halla en la nueva Fez.

En la puerta fuimos recibidos por buen golpe de soldados y criados árabes y negros, y penetramos en un jardín rodeado de elevadas paredes, en el fondo del cual, y debajo de un pequeño pórtico, aguardaba Sid-Mussa, rodeado de sus oficiales, vestidos todos de blanco.

El famoso ministro extendió, con ademán expresivo y al par, ambas sus manos al embajador; inclinó la cabeza sonriendo hacia nosotros, y nos invitó á pasar á una reducida sala á piso llano, en la cual nos sentamos.

¡Extraña figura! Durante buen espacio no pudimos apartar de él los ojos. Tendrá como sesenta años, es mulato, casi negro; de mediana estatura; su cabeza grandísima y prolongada; en sus ojos brilla una mirada en la cual se retrata la astucia, respingada su nariz, su boca grande y provista de dos hileras de dientes grandísimos, y su barba fuera de toda mesura; pero ello es que no obstante tales rasgos, verdaderamente feroces, hay en su rostro un sonrís agradable, una expresión bondadosa, un conjunto afable y una inflexión de voz tan cortés que atrae. Se dice que con nadie como con los moros es más fácil engañarse juzgando de la realidad por las apariencias. De mí sé decir que para formar concepto de aquel hombre habría querido penetrar en su cabeza. Desde luego habría encontrado en ella escaso saber: probablemente nada más que algunos capítulos del Corán, contados episodios de la historia del Impe-

rio, alguna vaga noción geográfica de los principales Estados de Europa, una que otra idea de astronomía y contadas nociones de aritmética. Pero en cambio, ¡cuán profundo conocimiento del corazón humano; qué extraordinaria fuerza de penetración; cuánta sutileza de ingenio, cuánta astucia y cuán refinada! ¡Qué intrincada trama respecto de los vagos conocimientos de nuestros usos y costumbres; cuántos recónditos secretos de la casa real, y qué desordenada confusión de memorias de amores semidesvanecidos, de suplicios ejecutados, de cortesanas intrigas, de negocios importantes y tenebrosos! Y ¡quién sabe! Tal vez debajo de aquel turbante blanco como la nieve, palpitaba un cerebro, que tenía formado de la civilización europea y del estado de Marruecos, un concepto que no se diferenciaba gran cosa del que á nosotros nos merecían, tanto que si hubiese podido manifestarlo con entera libertad habría exclamado: — ¡Qué queréis, señores, estoy de ello tan convencido como vosotros mismos! — pero semejante pensamiento hallábase contenido por el turbante monumental. El aposento, como aposento morisco, hallábase suntuosamente amueblado, puesto que contenía un pequeño sofá, un veladorcillo, un espejo y varias sillas. Cubrían las paredes colgaduras verdes y rojas: el techo estaba pintado y el suelo cubierto de mosaico: con todo, nada se veía en el edificio de extraordinario, si se tiene en cuenta que era la morada de un personaje tan poderoso como Sid-Mussa.

Cambiadas las frases de costumbre, se nos condujo á la sala donde se había dispuesto la mesa, situada al lado opuesto del jardín.

Sid-Mussa, siguiendo su costumbre, no vino.

La sala-comedor, si así podemos llamarla, estaba decorada también con tapices rojos y verdes: en uno de los ángulos se

distinguía una alacena, con dos ramos de flores artificiales, debajo de sus correspondientes fanales de vidrio, y junto á la misma uno de aquellos pequeños espejos, con marco pintado de flores, tan comunes en las posadas de aldea. Encima de la mesa hasta veinte platos, colmados de grajeas y dulces del tamaño de balas unos, y en forma de algarrobillas otros; los cubiertos y la mantelería bellísimos, botellas de agua en abundancia; pero ni una sola gota de vino. Sentámonos, é inmediatamente se nos sirvió. ¡Veintiocho platos, sin contar los dulces! Veintiocho platos enormes, con cada uno de los cuales habría bastado para dejar completamente satisfechas veintiocho personas: de todas las formas imaginables, de todos los olores y de todos los sabores: trozos enormes de carnero asado; pollos en pomada húngara; sesos fritos al cosmético; pescado á la cereta; menudillos á la estearina; tortillas á la pringue de sebo; legumbres en salsa de sain; huevos en conserva de enjundia; ensalada triñchada, revuelta, empastada y combinada en mosaico; dulces, un solo bocado de los cuales sería bastante para que un hombre purgara un crimen sangriento; y para hacer más apetitosas todas esas golosinas, grandes copas de agua fresca, en las cuales exprimíamos el zumo de los limones que nos habíamos traído á prevención; y por fin y remate una taza de te enjulepado, y un enjambre de criados que invadió la estancia é inundó de agua rosada las paredes, la mesa y los que estábamos á ella sentados. Tal fué el convite de Sid-Mussa.

Al dejar la mesa, presentóse un oficial anunciando al embajador que Sid-Mussa estaba ocupado en sus oraciones, y que en cuanto concluyera tendría especial satisfacción en hablar con él. Inmediatamente después compareció un anciano tembloroso, sostenido por dos moros, que agarró la mano del embajador estrechándosela furiosamente, diciendo entretanto:

—¡Bienvenido, bienvenido, bienvenido entre nosotros el embajador del rey de Italia! ¡Bienvenido entre nosotros! ¡Feliz día para nosotros aquel en que ha venido!

Era el gran cherife Bacali, uno de los personajes más poderosos de la corte, y de los más ricos propietarios del Imperio, confidente del Sultán, dueño de un gran harem, enfermo de dispepsia de dos años á esta parte, que, según se dice, alegra los ocios de su señor con dichos ingeniosos y ademanes cómicos, facultad que, sea dicho de paso, no revelan en manera alguna su aspecto cruel ni sus impetuosas maneras. Después se presentaron dos hijos de Sid-Mussa, la fisonomía de uno de los cuales he olvidado completamente, no siendo extraño, pues se retiró en seguida: en cambio puedo decir del otro, que es un joven arrogante de unos veinticinco años, que desempeña las funciones de secretario particular del Sultán; que su rostro es agraciado como el de una mujer; que sus ojos pardos tienen una dulzura indefinible; que es alegre, desembarazado en sus movimientos, juguetón, y que en tanto permaneció á nuestro lado, estuvo estrujando con ambas manos y distraídamente la falda de su holgado caftán color de naranja.

Después que hubieron salido Bacali y el embajador, nos quedamos con algunos oficiales sentados sobre el pavimento, y el secretario del Sultán, para más honrarnos, hizo lo propio en una de las sillas.

Este simpático joven entabló inmediatamente conversación con nosotros, valiéndose para ello de Mohamed Ducali.

Fijó la mirada en Ussi, y preguntó en voz baja quién era.

—El señor Ussi, — le fué contestado, — uno de los pintores más distinguidos.

—¿Pinta por medio de la máquina?

Quería decir la fotográfica.

—No, señor, — contestó el intérprete; — con la mano.

Al parecer se decía interiormente:

—¡Qué pecado!

Y permaneció pensativo durante un rato. Después añadió:

—Lo preguntaba... porque con la máquina se trabaja con más exactitud.

El comandante rogó á Ducali que le preguntara en qué punto de Fez se encontraba la fuente llamada de Ghalú, del nombre de un ladrón que Edris, el fundador de la ciudad, hizo clavar en un árbol vecino. El joven secretario mostróse altamente sorprendido de que el comandante estuviese enterado de este suceso, y le hizo preguntar cómo había llegado á su noticia.

—Helo leído en la historia de Kaldun, — contestó el comandante.

—¿En la historia de Kaldun? — exclamó el joven. — ¿Habéis leído dicha historia? ¡De manera que según esto conocéis el árabe! ¿Y dónde habéis visto este libro?

El comandante le contestó que dicha historia se encuentra en todas nuestras ciudades; que es un libro muy conocido en Europa, del cual existen traducciones en inglés, francés y alemán.

—¿Es posible? — exclamó el joven con la mayor ingenuidad. — ¡Vosotros lo habéis leído todo! ¡Y hasta estas cosas sabéis! Jamás lo hubiese imaginado.

Y no acababa en las muestras de su admiración.

Poco á poco la conversación fué tomando calor, de suerte que hasta los oficiales terciaron en ella, y averiguamos por este medio una porción de cosas. Y entre ellas, que el embajador inglés había regalado al Sultán dos aparatos telegráficos, y hecho enseñar á varias personas de la corte la manera de

manipular con ellos; que ya se servían de los mismos, pero no públicamente, porque en la ciudad había producido una verdadera conmoción la vista de aquellos hilos misteriosos; que su uso quedaba reducido al interior del palacio imperial, y que el resultado obtenido con semejante descubrimiento había causado increíble sorpresa á cuantos de él estaban enterados. Cumple decir, sin embargo, que semejante sorpresa no es tan grande como podríamos suponer, por lo mismo que por las explicaciones que de la telegrafía eléctrica se les dieron, habíanse formado un concepto más maravilloso, si cabe, participando de dicha opinión hasta el mismo Sultán. En efecto: imaginaban que la transmisión del pensamiento no se hacía por medio de la transmisión sucesiva de las letras y de las palabras, sino de un solo golpe, instantáneamente; de suerte que bastaba establecer la comunicación, para expresar y transmitir en este mero hecho un discurso entero. No obstante, reconocían que el mecanismo era por demás ingenioso, y que podría ser de gran utilidad, especialmente en nuestros países, en los cuales, siendo mucha la gente y extraordinario el número de negocios, era indispensable hacer las cosas aprisa y ganando tiempo, lo cual valía tanto como decir: ¿qué utilidad puede prestarnos á nosotros el telégrafo? Hay más aún; ¿á qué quedaría reducida la política de nuestro gobierno, si debíamos contestar inmediatamente y en términos precisos á las reclamaciones que se nos dirigieran por parte de los diferentes Estados de Europa, y renunciar en consecuencia á las excusas, al procedimiento de dar largas al negocio, fundándonos en el extravío de los despachos, merced á lo cual puede demorarse la resolución de un asunto que podría zanjarse en dos días? Averiguamos también, ó mejor, adivinamos, que el Sultán es hombre de buena índole y de benigno corazón, que hace una vida austera, que sólo ama

á una mujer, que come sin tenedor, al igual que sus soldados, y sentado en el suelo, bien que teniendo los platos puestos sobre una diminuta mesilla que no levanta un palmo; que antes de ser Sultán corría la pólvora con aquéllos, siendo uno de los más diestros en este ejercicio; que gusta del trabajo, en términos de que con frecuencia hace por sí mismo lo que deberían hacer sus criados, hasta el punto de colocar su ropa en los cofres cuando debe emprender algún viaje; y por último, que el pueblo le ama, y al propio tiempo le teme, pues sabe que si estallara una seria revuelta, sería el primero en montar á caballo y lanzarse espada en mano contra los rebeldes. ¡Y con qué gracia é ingenuidad referían todo esto! ¡Qué lástima no comprender su expresivo idioma lleno de figuras y flores retóricas, y no poder penetrar, para sondearla á nuestro arbitrio, en lo íntimo de aquella ingenua ignorancia!

Transcurridas dos horas, reaparecieron el embajador y Sid-Mussa, el gran cherife y los oficiales, lo cual dió motivo á un cambio interminable de apretones de manos, de sonrisas, de inclinaciones de cabeza, de saludos, de cortesías, en términos que no parecía sino que estuviésemos bailando un ceremonioso rigodón, y por último salimos, después de haber pasado al través de una doble fila de criados que nos contemplaban atónitos y sorprendidos. De paso, al través de la reja de una ventana situada en el piso bajo, vimos el rostro de una docena de mujeres blancas, negras y mulatas, desgrefñadas y ciñendo diademas, que en cuanto nos vieron se alejaron, produciendo gran rumor con sus babuchas y con el roce de sus vestimentas.

Como puede comprenderse, lo que más excitaba nuestra curiosidad desde el primer día de nuestro viaje, era el Sultán

Muley-el-Hassen; por consiguiente, fué para nosotros motivo de gran recocijo la noticia que cierta noche nos comunicó el embajador, participándonos que el día siguiente tendría efecto la recepción oficial. Puedo asegurar que en mi vida he sacudido el polvo al frac, ni soltado al clac los muelles, con más grata complacencia que en la referida ocasión.

Aquella extraordinaria curiosidad reconocía como principal fundamento la historia de la dinastía imperial. Deseábamos contemplar el rostro de uno de los individuos de aquella terrible familia de los cherifes Fileli, que pintan los historiadores como el non plus del fanatismo, de la ferocidad y de los crímenes más atroces, comparados con los cometidos por las demás dinastías que han reinado en Marruecos. Á principios del siglo XVII, algunos habitantes de Taflete, provincia del Imperio, lindante con el desierto, de la cual toman el nombre de Fileli los cherifes de dicha dinastía, trajeron de la Meca á su país un cherife, llamado Alí, natural de Jambo, y descendiente de Mahoma, por Hassen, segundo hijo de Alí y de Fátima. Poco tiempo después de su llegada, el clima de la provincia de Taflete cambió, recobrando una regularidad que hacía algún tiempo había perdido; las palmeras produjeron dátiles en abundancia, y se atribuyó el mérito de tales sucesos al nuevo cherife, que fué elegido rey bajo el nombre de Muley-Cherife. Sus descendientes ensancharon paulatinamente, por medio de las armas, los dominios de su abuelo; apoderáronse de Marruecos y de Fez; arrojaron de estas comarcas la dinastía de los Saadin, y reinaron hasta nuestros días, sobre todo el país comprendido entre la Mulaya, el desierto y el mar.

Sidi-Mahomed, hijo de Muley-Cherife, supo hermanar durante su reinado la sabiduría con la clemencia; pero después de él el trono de los cherifes se anegó en un mar de

sangre. El-Raschid establece el sistema del terror, y convirtiéndose materialmente en verdugo, desgarró con su propia mano el seno á las mujeres para obligarlas á descubrir los escondites en que tenían los maridos ocultos sus tesoros. Muley-Ismael, el príncipe lujurioso, el amante de ocho mil mujeres, y padre de mil doscientos hijos, el famoso fundador de la guardia negra, el galante Sultán que pidió para esposa á Luis XVI la hija de la duquesa La Vallière, hace colgar diez mil cabezas de las almenas de Fez y Marruecos. Muley-Hamed el Dehebi, avaro y crapuloso, arrebató las joyas que pertenecen á las esposas de su padre; se entrega á la bebida hasta el embrutecimiento; hace arrancar los dientes á sus queridas y cortar la cabeza á un su esclavo, por el delito de haber apretado demasiado el tabaco en su pipa. Muley-Abd-Alá, furioso de rabia al verse vencido por los berberiscos, manda pasar á degüello á los habitantes de Mequinez, ayuda al verdugo en la horrible tarea de decapitar á los valerosos jefes de su destrozado ejército, é inventa el horrendo suplicio de encerrar vivo á un hombre en el interior de un buey previamente dispuesto, á fin de que se corrompan juntos.

Menos cruel que sus antecesores, su hijo Sidi-Mahomed, se rodea de renegados cristianos, busca la paz y restablece las relaciones entre Marruecos y los Estados europeos. En cambio Muley-Yezid, violento, fanático y cruel, para pagar los haberes á sus soldados, les incita al saqueo de las juderías en todas las ciudades del Imperio. Muley-Hesciam, después de un reinado de breves días, termina su existencia en un santuario. Muley-Solimán, que destruye la piratería y finge amistad á Europa, segrega con refinada astucia á Marruecos de todos los pueblos civilizados, y se hace presentar al pie del trono las cabezas de los hebreos renegados que se atreven á